

# Beatriz Bosch



Ciclo "LA ARGENTINA ACTUAL, POR SI MISMA"

—“...Se trata de lo siguiente: que Ud. ‘se presente a sí mismo’; que relate los motivos que lo llevaron a dedicarse a su actual especialidad; sus años de formación; su trayectoria como investigador, docente, etc.; que se refiera a su idea de la historia [o de la filosofía, o de la literatura...] y que presente y valore algunos de sus propios trabajos... Lo que deseamos es que Ud. se refiera a su propia experiencia dentro de la Argentina que Ud. ha visto y vivido”.

*El Instituto de Historia y Pensamiento Argentinos de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T. ha venido así invitando a personalidades destacadas de la cultura del país para que se “auto-presenten”. De allí el título del ciclo: La Argentina actual, por sí misma.*

*Lo que se ofrece ahora en estas breves publicaciones individuales es el texto, lo más fiel posible a su exposición oral originaria, de dichas “auto-presentaciones”.*

# **La Argentina actual, por sí misma**

**Beatriz Bosch**

**Autopresentación**

**1988**

**Ciclo: "LA ARGENTINA ACTUAL, POR SI MISMA"**  
**Instituto de Historia y Pensamiento argentinos**  
**Universidad Nacional de Tucumán,**  
**Facultad de Filosofía y Letras**

**El presente es el texto de la conferencia pronunciada en el ciclo "La Argentina actual, por sí misma", en octubre de 1988**

Se quiere saber por qué y desde cuándo me dediqué a la investigación histórica. Respondería que desde siempre. Fue algo que traje conmigo. Desde la escuela primaria, sin que mediaran guías, ni estímulos particulares manifesté preferencia por el conocimiento histórico. Nunca dudé en la elección. Quizás porque uno de los pocos libros a mi alcance en mi hogar paranaense, allá por el tercer o cuarto grado, era un tomo de la *Historia de Entre Ríos* de Benigno Teijeiro Martínez. Su lectura reiterada me familiarizó con los protagonistas del pretérito enterriano. Ya por entonces leía los diarios de Buenos Aires —*La Razón, La Prensa*— desde la primera a la última página.

Estaba en sexto grado cuando adquirí por unos pocos centavos un pequeño y curioso libro, que cavaría hondo en mi espíritu. Se titulaba *Paraná, capital de la Confederación Argentina* de Juan Giménez. Devoré sus páginas hasta saberlas casi de memoria. Este libro me familiarizó, a su vez, con el singular pasado de mi ciudad.

Concluía la escuela primaria cuando falleció Teijeiro Martínez. El Consejo de Educación resolvió suspender las clases en su ho-

menaje. Del grupo de cuatro o cinco alumnas, que abandonábamos el aula, alborozadas unas por el asueto imprevisto, yo era la única, con mis trece años apenas, que sabía quién era el personaje así honrado. Mas no sospechaba que me estaba reservado continuar su obra y que medio siglo más tarde mi nombre aparecería también en la portada de una *Historia de Entre Ríos*.

Cumplí los estudios primarios en dos escuelas públicas de Paraná: la primera, unisexual; la segunda, mixta. Establecimientos modelos, en los cuales la rigurosa disciplina admitía sana convivencia entre los alumnos y el espontáneo respeto a directores y maestros ejemplares. Análogo ambiente disfruté en la Escuela Normal. Todavía imperaba allí el sentido misional, que inculcara el gran director José María Torres.

Antes de recibirme de maestra, estando aún en cuarto año del curso normal, asistía como oyente por la tarde a la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de la Universidad Nacional del Litoral, donde se seguía el profesorado especial en Historia y Geografía. La presencia de talentosos catedráticos afirmó definitivamente mi vocación. Fueron mis maestros: Francisco de Aparicio, el arqueólogo que de Paraná pasó a dirigir el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; el erudito italiano José Imbelloni, que ocuparía más tarde igual cargo; el historiador José Luis Busaniche, por entonces entusiasta admirador de los caudillos del litoral fluvial —Artigas, Estanislao

López, Urquiza—; el eminente geógrafo Joaquín Frenguelli, muy luego director del Museo de La Plata; el latinista David O. Greco. También escuchaba las clases de filosofía de Vicente Fatone, Homero M. Guglielmini y Angel Vasallo, muy jóvenes en esa época, los que alcanzarían con el tiempo notable renombre en el mundo intelectual. De Busaniche y Aparicio recibí los mayores estímulos para mi carrera.

Mi paso por la Universidad sería muy rápido, pues, así lo permitía la asistencia libre. Obtuve el título de profesora en Historia y Geografía a los dos años del de maestra y tres días después de cumplir los veinte. Pero, lamentablemente la Facultad paranaense iba a ser desmantelada por motivos políticos a causa del antagonismo de la antigua Escuela Normal, a la que la Facultad despojara de su profesorado en ciencias y letras.

No pude terminar el doctorado ya iniciado, ni seguir contando con la guía eficaz de aquellos esclarecidos mentores. De modo, que si bien poseía una sólida formación básica, en adelante debí desenvolverme por mi cuenta, casi como una autodidacta. Con el aval del filósofo Jorge Simmel, quien en su libro *Cultura Femenina* adjudica a la mujer especiales aptitudes para la labor histográfica, me internaría sola en un coto cerrado de exclusivo dominio del hombre.

Intervenida la Facultad, carecíamos los alumnos de profesor de Seminario de Historia Argentina. El interventor Máximo S. Victoria dispuso que presentáramos un trabajo escrito y expusiéramos sobre un tema

sorteado con veinticuatro horas de anticipación. Con ese motivo penetré por primera vez en un archivo histórico. Figuraba al frente del de Paraná el doctor Joaquín Castellanos, celebrado poeta salteño, a quien vaivenes de la política llevaron a Paraná. Yo nunca lo vi en su despacho, ni a ningún otro empleado, salvo el ordenanza. Tenía que manejarme allí según mi leal saber y entender.

Los documentos se conservaban en gruesos volúmenes encuadernados en cuero. Un poco al azar comencé a revisarlos. Tuve la suerte de dar pronto con un legajo que, tanto Teijeiro Martínez como Martín Ruiz Moreno, los anteriores directores, pasaron por alto. Era un conjunto totalmente inédito. Se trataba de las gestiones de miembros del cabildo de Montevideo en busca de apoyo para liberar a la Provincia Oriental del dominio brasileño. Con ese material y con las Memorias del general Lucio Mansilla, cuyo análisis me permitió su poseedor, el doctor Santiago Moritán, elaboré mi monografía "La Comisión Oriental en Entre Ríos".

Los integrantes de la mesa examinadora, entre los cuales estaban José Luis Busaniche y una hija de Teijeiro Martínez, elogiaron mi hallazgo. Después envié el trabajo al profesor Aparicio, trasladado ya a Buenos Aires. Como el tema escapaba a su especialidad, él requirió el juicio del doctor Emilio Ravignani y del profesor Ricardo R. Caillet Bois. Con el visto bueno de ambos historiadores, vio la luz "La Comisión Oriental en Entre Ríos" en *Cursos y Conferencias*, prestigiosa revista, órgano del Colegio Libre de Estu-

dios Superiores, que impulsaban Francisco Romero y Luis Roissig. Era mi espaldarazo. En el mismo número de la revista se incluían producciones de Ravignani, Aníbal Ponce y Felipe Cossio del Pomar.

En los dos años siguientes proseguí estudios de latín y griego en forma particular e inicié los de italiano e inglés, mientras asistía a clases de filosofía y literatura. Más adelante aprendería alemán durante cinco años y retomaría los estudios de inglés con prolongadas intermitencias. Había gestionado la equivalencia de materias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y preparado varias materias, que no pude rendir por el alto costo de los aranceles en mi carácter de alumna libre, cuando me inicié en la docencia superior en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná en el año 1934.

Mis comienzos en la docencia superior a los veintidós años de edad fueron azarosos, resistida por los alumnos, tres de los cuales eran mayores que yo, y otros dos con apenas dos años menos. Detrás de ellos se movía algún frustrado aspirante a la cátedra. Logré por concurso sucesivamente las cátedras de Historia de Roma y Edad Media, Historia Moderna y Antropogeografía. Nunca me desempeñé en la enseñanza secundaria. Cátedras que ejercí hasta 1948, año en el cual quedé cesante por decreto del Presidente Perón.

Si bien dichas cátedras me alejaban de la historia argentina de mis preferencias, no consideré de ninguna manera sin valor su

ejercicio. Por el contrario, la frecuentación de los grandes modelos europeos —un Mommsen, un Carcopino, un Ranke, un Burckhardt, un Pais, un Homo—, a más de los clásicos latinos y griegos, contribuyó en buena medida a sedimentar mi formación historiográfica.

Comprendía bien la conveniencia de intensificar la especialización en los centros mismos de aquellas civilizaciones seculares, en Roma, en Florencia. Mas en esa época no había la facilidad que gozan hoy los jóvenes graduados de conseguir becas o subvenciones, o al menos no lo había para mí, residiendo en una ciudad del interior, sin contar con vinculaciones, o con el apoyo de una familia influyente.

Descartada esa perspectiva, una vez concluidos los concursos, que me dieron la titularidad de las cátedras, los tres llevados a cabo en Buenos Aires, para lo cual viajé por primera vez a la capital, decidí investigar en historia argentina. Sentía como un deber dilucidar cuestiones de mi provincia de Entre Ríos.

Volví a concurrir al Archivo Histórico de Paraná. Fui solitaria, única visitante durante años y años. Estaba ya mejor organizado por las pautas introducidas por el poeta Guillermo Saraví en 1940. Un buen día hallé la correspondencia de Urquiza con el gobernador delegado Antonio Crespo. Me resultó un descubrimiento sorprendente encontrar una suerte de diálogo a la distancia entre dos personajes, que discurrían sobre asuntos cotidianos, lejos de la rigidez del bronce de las es-

tatuas. Me adentré paulatinamente en esa cantera investigando en las pocas mañanas, que me dejaba libre la labor del Instituto.

En aquel tiempo acababa de depositarse en el Archivo General de la Nación el archivo personal de Urquiza, donado por sus descendientes. Ante tal noticia aspiré a consultarlo. Fue mi gran aventura. Siempre he sido muy tímida, al punto que de primero a tercer grado no me animé nunca a jugar en los recreos. ¡Qué buena presa hubiera sido para los psicólogos, si hubieran existido ya! No se de dónde saqué fuerzas para lanzarme a Buenos Aires. Imaginen ustedes, sola en la gran metrópoli a una mujer joven, que hasta el momento, como ya dije, no había salido de su provincia sino tres veces para intervenir en los concursos de marras.

El archivo funcionaba en el local del antiguo Congreso Nacional, sede actual de la Academia Nacional de la Historia. El de Urquiza estaba ordenado alfabéticamente. Era una tarea ímproba avanzar y retroceder mentalmente en el tiempo a medida que se presentaban los legajos. Quienes lo consultan ahora, ordenado cronológicamente, ven, por cierto, muy facilitada su labor. Además, se estaba lejos de la era de las fotocopias o microfílm. Decenas y decenas, cientos o miles de documentos, unos en extracto, otros *in extenso* transcribí por mi propia mano.

Fui la primera persona en abordar el rico repositorio urquiciano. Era también la primera mujer, que en el Archivo, investigaba por cuenta propia. Los concurrentes habitua-

les me recibieron con simpatía y no sin curiosidad, creo. Encontré allá buenos amigos. Recuerdo, entre otros, a Alfredo G. Villegas y a Julio César González, que ya no están entre nosotros, y a Walter B. L. Bose, que me estimuló a decidirme a publicar.

No disponía de mucho tiempo. Iba a Buenos Aires en los períodos de vacaciones, contando los días y los minutos casi, pues, el horario de atención al público del Archivo era muy corto, de doce a cinco de la tarde. De allí me trasladaba a la Biblioteca Nacional, donde en la Sala Groussac consultaba periódicos hasta las ocho. Otras veces concurría al Museo Mitre. Viajes, alojamiento, estada, todo corría "...a mi costa y minción...", como decían los conquistadores del antiguo Tucumán, proveyendo a los gastos mi magro sueldo de profesora.

Fruto de tales investigaciones es mi primer libro *Urquiza Gobernador de Entre Ríos - 1842-1852*. Quise mostrar un cuadro completo del estado de Entre Ríos durante una década, ya en su aspecto físico, en su economía, en las costumbres, como en la vida cultural, rematando en la posición política de Urquiza en 1852. Este último capítulo lo incluí por consejo de José Luis Busaniche, a quien remití los originales. Completé el volumen de 146 páginas con un apéndice de diez documentos inéditos, entre los cuales, dos cartas de Urquiza a sus hijos, verdaderas piezas de antología en el género. A los pocos meses las dos cartas aparecen como inéditas en un libro del general José María Sarobe, el que se sirvió también de otros aportes

míos, sin denunciar su procedencia. Había sido objeto de un hurto, digámoslo jurídicamente, el primero de una serie, que todavía se sigue perpetrando impunemente. Si la autora es una mujer, parece que los caballeros no se creen obligados a citarla y cuando la mencionan, es a regañadientes.

El libro, editado a mi costa a fines de 1940, alcanzó buenas críticas. Había puesto el acento sobre un aspecto escasamente divulgado del gobernador de Entre Ríos antes de convertirse en figura nacional. Después pensé que debía presentar toda su actuación pública. Retrocedí en su análisis al año 1820. A poco reuní materiales suficientes para otro volumen. También lo edité a mi costa con el título *Gobierno del coronel Lucio Mansilla*. Salió a fines de 1942. Envié un ejemplar al doctor Emilio Ravignani. Al avisarme su recibo, el ilustre historiador, con la sencillez propia de un maestro, me pidió la prueba documental de la autoría del Estatuto Provisorio Constitucional de 1822 asignada por mí a Casiano Calderón y atribuida por él en su *Historia Constitucional* a Pedro José Agrelo. Como tenía los documentos a mano, rápidamente escribí un artículo, que se publicó en seguida en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras* de la Universidad de Buenos Aires. Así comencé a colaborar en tan importante órgano.

Al cumplirse el centenario de los Tratados de Alcaraz en 1946, saldría un trabajo mío en la serie de Publicaciones del Instituto. Estaba lícitada ya su impresión cuando el

doctor Ravignani es separado del cargo de director. En solidaridad con él, retiré mis originales. Encargado el doctor Ravignani de organizar un instituto similar en la Universidad de la República Oriental del Uruguay, sería yo uno de los pocos visitantes en la agencia que instalara en Buenos Aires en la calle Tucumán. Los otros concurrentes asiduos eran Juan Cánter, Ricardo R. Caillet Bois y Humberto F. Burzio.

El doctor Ravignani me encomendó investigar antecedentes de la independencia de la Provincia Oriental en archivos de Paraná, Santa Fe y Corrientes. Tarea que cumplí *ad honorem* entre 1947 y 1949 y que dio a conocer la Universidad de Montevideo. He admirado siempre en el doctor Ravignani al historiador objetivo, intelectualmente honesto, audaz en sus planteamientos. Sin haber asistido a las aulas, donde ejerciera su alta docencia, he aspirado, sin embargo, a considerarme su discípula.

A los tres meses de ser declarada cesante, con los últimos ahorros edité el libro *El Colegio del Uruguay. Sus orígenes. Su edad de oro*. Apareció en la fecha deseada, en julio de 1949, gracias a la intervención personal del Dr. Ravignani en los talleres de la imprenta Peuser, donde se imprimió en tiempo record, en menos de dos semanas. En esos días se celebraba el centenario del histórico colegio, dándose como fecha de fundación la del 28 de julio de 1849. Yo sostenía que el establecimiento se fundó en 1851. Ofrecía documentos, creo, de real valor probatorio. Empero, el libro no tuvo ningún eco en Concepción del

Uruguay. Allá se sigue solemnizando la fecha de 1849. Nadie menciona mi obra. Sin embargo, se difundió bastante, agotándose pronto la edición.

La cesantía de 1949, la primera, porque tuve dos más y estuve a punto de caer en otras dos, produjo un cambio esencial en mi existencia. Hasta entonces me había limitado a la cátedra y al archivo. En adelante, debí buscar un medio de vida, en primer término. Intenté provisoriamente una actividad mercantil: vendí en los bazares guantes de goma, que fabricaba un hermano en Buenos Aires. Pronto comprendí la necesidad de una salida más acorde con mis aptitudes. La encontré en el periodismo. Por una recomendación del director del diario *Crítica*, Helvio I. Botana, en 1950 colaboré en la revista *El Hogar* con una serie de notas. Al llegar a la séptima no me publicaron más. La Editorial Haynes había sido adquirida por la familia Duarte.

En el mismo año 1950 ingresé como editorialista en *El Diario* de Paraná, uno de los pocos periódicos opositores, que aparecían entonces en el país. Comencé por tratar conmemoraciones históricas centenarias; proseguí con temas culturales, de educación, de política mundial, etc. En siete años alcancé a escribir más de quinientos, a veces hasta dos y tres por semana. Varios se transcribieron en Concepción del Uruguay, Concordia, Rosario del Tala, Victoria, Nogoyá, Rafaela, Tres Arroyos, Tandil y Bahía Blanca, ciudades donde subsistían algunas hojas independientes. También los reproducían *El Ciu-*

*dadano* de Buenos Aires, *El Telégrafo* de Paysandú y *Mundo Nuevo* de San José de Costa Rica.

Llevé a cabo varias entrevistas. Recuerdo la sostenida con el filósofo Francisco Romero en su casa de Martínez, en cuyo transcurso el ilustre maestro me sugirió indagar los orígenes de la Escuela Normal de Paraná y su influencia en el país. Comencé en seguida la labor señalada. Adelanté un capítulo sobre José María Torres en *Cursos y Conferencias* y otros sobre los graduados de Catamarca, Cuyo y Córdoba.

También me ocupé de crítica bibliográfica. Mis comentarios poseían el mérito, si se ha de considerar tal, de revelar la lectura completa del libro, condición nada frecuente al parecer. Dicha honestidad intelectual me valió ser incorporada a *La Prensa*, cuando el gran diario argentino fue recuperado por sus legítimos dueños en 1956. Quien conocía mi labor en *El Diario* indicó mi nombre al formarse el nuevo plantel de colaboradores. Ha sido esta selección una de las mayores satisfacciones de mi carrera intelectual. Al cabo de treinta años suscribí cien notas. No ha sido menor, por cierto, la de ocupar por dos veces la tribuna de su Instituto Popular de Conferencias.

Paralelamente acompañé a antiguos alumnos del Instituto Nacional del Profesorado como secretaria de prensa de la Asociación Mariano Moreno. Me correspondió participar en el auspicio a una serie de conferencias, de conciertos y de exposiciones de arte. Por un año, en 1953, presidí la Federación de Aso-

ciaciones Culturales de Entre Ríos (FACER), por medio de la cual tales actos se llevaron a cabo también en numerosos pueblos y ciudades de la provincia.

Con motivo del centenario de la Constitución Nacional la Editorial Raigal me solicitó una obra alusiva. Este es el origen de mi libro *Presencia de Urquiza*. Intenté mostrar una línea de pensamiento compacto en el Organizador a través de un estudio preliminar y de una selección documental, tanto que propuse denominarlo "El pensamiento vivo de Urquiza". A Juan Carlos Ghiano, director de la Biblioteca Juan María Gutiérrez de la Editorial le pareció excesivo e impuso el título, con que circuló en definitiva. Con *Presencia de Urquiza* vine a tener editor por primera vez. Obtuve también la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1954.

Por esos años, de 1952 a 1955, adherí a ASCUA, la Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo, movimiento liderado por el escritor Carlos Alberto Erro. Fui secretaria de la Filial de Paraná. Ahondé en el pensamiento de Esteban Echeverría, cuyos vínculos con Urquiza advertí.

Tiempos difíciles. Por dos veces se prohibieron conferencias mías: una en Paraná, organizada por el Centro de Estudiantes de Derecho y otra en Nogoyá, por la Filial de ASCUA. En el primer caso, el Ministerio de Gobierno exigía la entrega previa de los originales, a lo que me negué; en el segundo, la

jefatura de policía no dio el permiso pertinente.

Tras la Revolución Libertadora, apenas designado Ricardo R. Caillet Bois director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, tuve el alto honor que, con mi libro *Los Tratados de Alcaraz* se reanudaran las *Publicaciones* del Instituto. Hubo de estar diez años inédito esperando salir a luz en época propicia. Es un trabajo breve; revela cómo Urquiza ya había concebido su plan revolucionario en 1846. Aporté treinta y cinco documentos inéditos incluidos *in extenso* en el Apéndice.

Luego de siete años de ausencia de la cátedra, la recuperé en 1956. Abandoné entonces las antiguas materias y me dediqué exclusivamente a Historia Argentina Contemporánea y a Seminario de Historia Argentina en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná y en la Escuela Universitaria del Profesorado de Santa Fe y a Historia Constitucional Argentina en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral.

Vino a continuación un período fecundo de actividades. Gregorio Weinberg me encargó dos estudios preliminares para la colección *El Pasado Argentino* de la Librería Hachette: uno para *Aspectos económicos del federalismo argentino* del investigador estadounidense Miren Burgin y otro para *El Gaucho*, de Emilio A. Coni.

El Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral

editó en 1963 *Labor periodística inicial de José Hernández*. Demuestro en ese libro que el autor de *Martín Fierro* se estrenó en el periodismo en *El Nacional Argentino* de Paraná a fines de 1860. Pese a recibir un premio regional de la Secretaría de Cultura de la Nación, o quizás por la corta tirada de la edición, mis asertos tampoco tuvieron eco esta vez. Todavía se sigue mencionando a Hernández como colaborador de *La Reforma Pacífica* en 1856, por cierto, sin aducir prueba alguna.

El mismo año 1963 la Editorial Universitaria de Buenos Aires, que ya había incluido un capítulo mío en *Vidas de Argentinos*, me encargó *Urquiza, el Organizador*, destinado a estudiantes de fines del bachillerato y principios de la universidad. Sinteticé la trayectoria del prócer en cien páginas. Agotada la primera edición de diez mil ejemplares, circula ahora la segunda. Al año siguiente, en conocimiento de mis investigaciones Eudeba me contrató, antes de terminarlo, a *Urquiza y su tiempo*. No pude concluirlo pronto, pues, me abrumaban las tareas docentes. El Ministerio de Educación me negó hasta una modesta licencia de tres meses para darle término. Sobrevino luego la intervención de 1966 y su salida se postergó un lustro más. Al fin apareció en 1971.

Ya a esa altura llevaba publicados cuarenta y siete trabajos entre libros y folletos, sin contar artículos periodísticos, en una u otra forma referidos al tema, es decir, a medio siglo de historia argentina. Intentaba ahora poner de resalte el desenvolvimiento

pleno de una vida intensa desarrollada siempre en primer plano. Tuve que hacer un esfuerzo de síntesis por exigencias editoriales para que el volumen no pasara de las ochocientas páginas. En ellas no hay una sola línea que no esté respaldada por la documentación correspondiente. Eliminé por completo toda anécdota o referencia tradicional y extremé el respaldo de las fuentes, por tratarse de una figura controvertida, acerca de la cual han circulado toda clase de infundios.

El libro logró buena acogida. Fue *best-seller* en la Editorial y en librerías durante el primer mes de su aparición. Obtuvo el primer premio nacional de Historia de la Subsecretaría de Cultura de la Nación. Por primera vez se le discernía a una mujer. Se agotó pronto. En 1980 sale la segunda edición por el aporte en la faz económica del Banco Institucional Cooperativo de Paraná. El nueve volumen se acrecienta con dos apéndices: uno relativo a la herencia de Urquiza y otro, a su descendencia.

A igual tiempo, en 1970, el Centro Editor de la América Latina me solicitó varios trabajos: tres, para la serie "Mi país, tu país", sobre Urquiza, las colonias de Entre Ríos y la estancia entrerriana; otro, para *Polémica*, también sobre Urquiza y sobre Entre Ríos para el *Atlas Total*. El mismo sello, ya radicado en Buenos Aires, incluyó dos pequeños volúmenes en la Historia Testimonial Argentina dirigida por Luis Alberto Romero con el título común *Urquiza y su tiempo*: uno relativo a *La Organización Nacional*; otro, a *La visión de los contemporáneos*.

Colaboré asimismo en la *Historia Argentina* editada por Plaza y Janés y dirigida por Roberto Levillier con dos capítulos sobre las presidencias de Urquiza y Derqui y en *La Argentina. Suma de Geografía*, concebida por Francisco de Aparicio y dada a luz por la Editorial Peuser, con estudios sobre el poblamiento moderno en el litoral fluvial.

No obstante toda la labor referida, no había pensado en escribir una *Historia de Entre Ríos*, cuando me la solicitó la Editorial Plus Ultra en 1978. No pude menos que aceptar. Tuve que llevar a cabo un *tour de force* para abarcar en poco más de 300 páginas el desenvolvimiento de la provincia desde 1520 hasta 1969. Ofrezco primero el escenario geográfico primitivo con sus distintos cambios hasta llegar al paisaje humanizado de nuestros días. Me interesan los sucesivos aportes etnográficos y las transformaciones de la economía; mucho menos, las guerras y movimientos subversivos. En el orden cultural he procurado destacar el aporte entrerriano en la vida nacional. Se me ha objetado que trato muy someramente el siglo actual. Puede ser así. Fuera de las imposiciones editoriales en cuanto a la economía de un volumen destinado al gran público, otra razón para tal falencia, es la falta de perspectiva histórica. Hay sucesos demasiado cercanos para divisarlos en su justa proyección y otros, en los cuales inevitablemente la pasión perturbaría el enjuiciamiento.

Toda esta tarea la realicé en Paraná, desde mi provincia, en completa soledad, sin au-

xiliares, ni apoyos de ninguna índole, así morales como materiales, sin una palabra de aliento, en medio de un complot de silencio, avanzando contra viento y marea, aunque sin desfallecimiento.

Los estímulos vinieron de afuera. Participé en 41 congresos nacionales e internacionales y mesas redondas de Historia, Geografía y Letras. Presidí el Quinto Congreso Argentino de Escritores, organizado en Paraná en 1964 por la Sociedad Argentina de Escritores. Desde el primer momento mis producciones encontraron buena prensa en Buenos Aires. Mi colaboración fue paulatinamente solicitada por los distintos institutos universitarios de la materia y por algunos de los más importantes diarios del país. Mi lista bibliográfica denuncia actualmente 299 títulos, entre libros, estudios, reseñas bibliográficas y artículos. Después de tres ediciones personales tuve editor. Desde este punto de vista puede decirse que mi carrera de publicista ha sido normal, no así la profesional, por entero atípica.

Por lo que vienen escuchando, deducirán ustedes, que he sido una especie de pájaro suelto, no adscripto a grupos o capillas historiográficas. Me ha preocupado la vida integral de la comunidad en el pretérito. Ciertamente que acentué la faz política, más no descuido los aspectos económicos y sociales. Respeto, por cierto, a los que se dedican a dichas especialidades. No acudo a las muletillas en boga —el omisible *a nivel de; el discurso*—

polivalente; la *escritura*, el *proyecto*— introducidos por el más reciente esnobismo. Prefiero la claridad de pensamiento y la pureza de estilo, que aspiró a imponer Paul Groussac al concebir a la Historia como ciencia, arte y filosofía.

---

IMPRENTA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

AGOSTO 1989